



**REFLEXIONES A PARTIR DE LA
CARTA APOSTOLICA**

PATRIS CORDE

(con corazón de padre)

José Luis Rinaldi

El Papa Francisco ha dado a conocer el 8 de Diciembre del año pasado, una Carta Apostólica en honor a San José, y declarado un año dedicado a su devoción, “Año de San José”, con la gracia de obtener indulgencias plenas para nosotros o aplicables a las almas del purgatorio.

Bien vale entonces hacer una breve reflexión sobre San José, a partir del documento pontificio.

Algunos antecedentes de la Carta Apóstólica.

El día 8 de Diciembre de 1870, quiso el Beato Pío IX declarar a San José como Patrono de la Iglesia universal, y así lo hizo a través del Decreto “*Quemadmodum Deus*” de la Sagrada Congregación de Ritos ante la difícil situación en que se encontraba la sede papal. Recordemos que unos meses antes, el 20 de Septiembre de 1870, Roma había sido invadida por las tropas de Víctor Manuel III, y a partir de ese momento, el Papa se consideró prisionero en la Ciudad Santa.

A los pocos meses, el mismo Pío IX publicó el Breve *“Inclytum Patriarcham”*, del 7 de Julio de 1871¹, también en relación a la figura de San José.

El 15 de agosto de 1889, León XIII dio a conocer su Encíclica *“Quamquam Pluries”*, en la cual afirma que *“... Las razones por las que el bienaventurado San José debe ser considerado especial Patrono de la Iglesia, y por las que a su vez, la Iglesia espera muchísimo de su tutela y patrocinio, nacen principalmente del eco de que él es el esposo de María y padre putativo de Jesús...”* y continúa señalando que habiendo sido en su momento custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia, resulta conveniente y sumamente digno que lo mismo que solía tutelar santamente y en todo momento a la familia de Nazaret, *“...así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo”*.

Patrono de los Trabajadores fue proclamado por S.S. Pío XII, el día 1º. de mayo de 1955, en el Discurso a las Asociaciones Cristianas de Trabajadores Italianos con motivo de la solemnidad de San José Obrero.

San Juan XXIII ensalzó la figura de San José con su Carta Apostólica *“Le Voci”* del 19 de marzo de 1961, en la cual hace una síntesis de los documentos de sus antecesores que han exaltado la figura del padre nutricio de Jesús, busca fomentar y enriquecer su culto y pone al Concilio Vaticano II bajo su protección.

San Juan Pablo II le dio el título de Custodio del Redentor, en la Exhortación Apostólica *“Redemptoris custos”* del 15 de agosto de 1989, a la vez que reflexiona acerca de su vida al lado de Jesús y María, exalta sus virtudes y la fuerza y necesidad de su intercesión para la vida de la Iglesia de nuestro tiempo.

¹ El inicio de este documento es significativo para comprenderlo:

«El ilustre Patriarca, el bienaventurado José, fue escogido por Dios prefiriéndolo a cualquier otro Santo para que fuera en la tierra el castísimo y verdadero esposo de la Inmaculada Virgen María, y el padre putativo de Su Hijo único. Con el fin de permitir a José que cumpliera a la perfección un encargo tan sublime, Dios lo colmó de favores absolutamente singulares, y los multiplicó abundantemente. Por eso, es justo que la Iglesia Católica, ahora que José está coronado de gloria y de honor en el cielo, lo rodee de magníficas manifestaciones de culto, y que lo venera con una íntima y afectuosa devoción».

Ocasión y razones.

Su Santidad ha querido, con ocasión de haberse cumplido 150 años del documento *Quemadmodum Deus*² de su antecesor el Beato Pío IX, por el cual se proclamó a San José Patrono de la Iglesia universal, “...*compartir... algunas reflexiones personales sobre esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana*”. Tan personales, que en la nota 10 nos hace saber que todos los días, desde hace más de cuarenta años, después de Laudes, recita una oración al Santo que transcribe, que es bellísima y que recuerda al “Acordaos” que rezamos a la Santísima Virgen.

Y me parece que hay tres razones por las que el Papa da a conocer esta Carta; por una parte, menciona la pandemia que estamos viviendo, que nos hace ver y sentir que muchas personas anónimas, comunes, “corrientemente olvidadas”, que no aparecen en las portadas de diarios o revistas ni en las grandes pasarelas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia con su servicio a los demás, curando, cuidando, acompañando, con pequeños gestos, transmitiendo esperanza, rezando, y así nos sostienen y nos dan ánimo, y todos ellos pueden encontrar en San José “... *un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad...*”, y también nos hace recordar el protagonismo de quienes están aparentemente ocultos o en una segunda línea, que merecen nuestro agradecimiento y gratitud (ver Parte introductoria). Una segunda razón la explica Su Santidad hacia el final de la Carta: “...*es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución...*” y por último, nos invita que imploremos a San José “...*la gracia de las gracias: nuestra conversión*”, más aún en este tiempo de Cuaresma y Pascua.

² Entre las solicitudes que entonces se le efectuaran al Pontífice ante la convocatoria al Concilio Vaticano I, recibió muchas peticiones vinculadas a San José; por una parte, 153 cardenales y Obispos le solicitaron que se le diera una mayor preeminencia en la Sagrada Liturgia, y 43 Superiores generales de Órdenes Religiosas, que lo declarara patrono de la Iglesia Universal.

Los rasgos de la paternidad de San José.

El Papa nos presenta a San José desde siete perspectivas, todas complementarias y al fin unificadas en su vida de santidad: padre amado, padre en la ternura, padre en la obediencia, padre en la acogida, padre en la valentía creativa, padre trabajador y padre en la sombra.

Importa aquí subrayar el término “*padre*” que lo repite y reitera Francisco al titular cada punto. Pues precisamente es la paternidad la razón de ser de la vida de José; era el Niño Jesús, que Dios Padre le encomendaba amar, proteger, cuidar, educar, y era también María, que también precisaba de su amor, atención y protección.

Esa paternidad que quizá no comprendía en todo su misterio, pero que abraza con amor y que la obediencia al mandato de Dios le llevará a tener todos los cuidados propios de padre; por ello lo llamaremos el padre nutricio, el custodio, el que acoge, como “*protagonista valiente y fuerte*” y no con resignación pasiva. No busca ni pide explicaciones; acepta, asume, se reconcilia con su propia historia y deja de lado sus planes y proyectos, se abre a lo nuevo y con la alegría de quien está cumpliendo lo que el Señor le pide.

El ángel le habla en sueños, y José, con esa fe profunda, nada cuestiona, sino que obedece y cumple con entrega amorosa los cuatro mensajes que recibe: acepta a María por esposa y ponle el nombre de Jesús al Niño; huye a Egipto para salvarlo de Herodes; ya puedes regresar de Egipto le dice el ángel, y no retournes a Belén ni a Jerusalén, por lo que va a un pequeño pueblo, Nazaret.

Será el padre que ama, el padre que enseña, el padre que juega, el padre que trabaja y da sustento, el que pospone o desiste de cualquier plan o aspiración personal por el Niño y su Madre, será esa “segunda línea”, será esa “sombra”, que les dará seguridad, que les cuidará, que dará alegría y paz y que con sabiduría dirigirá la Sagrada Familia. Será ese testigo privilegiado y silencioso de su nacimiento, del crecimiento del Niño en edad, gracia y santidad, de la profecía de Simeón, de la angustia junto a María ante la pérdida de Jesús.

Hoy que la paternidad y la castidad son despreciadas, vemos en San José que se unen de una manera que humanamente parece misteriosa; que el amor

conyugal también se realiza plenamente en esa aceptación y respeto a la vocación de María y en el sí que le da al ángel cuando en sueños le anuncia la maternidad divina³.

Hoy que el don de la vida es atacado, que la eutanasia se va imponiendo, que la cuestión social presenta nuevos y acuciantes problemas ante la falta de trabajo, los cambios en los sistemas de producción, la incertidumbre ante la pandemia y el día de mañana, la vida de san José y sus diversos títulos lo convierten en el intercesor por excelencia.

Así Jesús tendrá desde lo humano un padre de quien aprender, un padre al que imitará, un padre ejemplar, que le ayudará a dar sus primeros pasos, que le enseñará a leer y escribir y su oficio de artesano, que amando a María será ejemplo para Jesús del amor conyugal y paterno-filial. Seguramente Jesús y María estuvieron acompañándolo en sus últimas horas; Jesús le habrá cerrado los ojos, la Virgen a su lado le sostendría la mano, y José quizá en esos últimos minutos, sosteniendo la mirada amorosa de Jesús, haya comprendido la misión única, maravillosa y santa que le fuera encomendada por el Padre para su vida terrena.

Los patronazgos de San José. Su aparición.

Francisco nos recuerda los diversos títulos que la Iglesia, a lo largo de los siglos le ha adjudicado a San José: “Patrono de la Iglesia universal”, “Patrono de los trabajadores”, “Custodio del Redentor”, “Patrono de la Buena Muerte”.

A su vez, muchos han sido los santos que han dado a sus institutos, fundaciones y órdenes el nombre de San José así como llevan y honran su nombre grupos eclesiales y hermandades.

³ La Exhortación apostólica “*Redemptoris custos*” de San Juan Pablo II, en el punto 7, describe el matrimonio de María y José a la luz de San Agustín y Santo Tomás de Aquino, afirmando: “*es precisamente el matrimonio de María y de José el que realiza en plena “libertad” el “don esponsal de sí” al acoger y expresar tal amor*”.

El Papa expresamente menciona a Santa Teresa, quién le encomendó las más difíciles empresas, y la Santa de Ávila nos dice que nunca lo defraudó y nos persuade a que lo tengamos como nuestro intercesor.

Pio XI lo nombró en 1930 protector de Rusia, y en 1937 le encomendó la protección contra el comunismo ateo.

Su fiesta se fijó el día 19 de marzo del año 1479, fecha que se mantiene hasta hoy, estando el mes de Marzo y los días miércoles de la semana dedicados al Santo. Su nombre se incorporó a las Letanías de los Santos en el año 1729.

La única aparición de San José reconocida por la Iglesia ocurrió el 7 de junio de 1660, cuando se apareció solo a un joven pastor, Gaspard Ricard, en el monte Bessillon, en la localidad francesa de Cotignac, Región Provenza- Alpes-Costa Azul.

Según el relato del pastor, *“el calor era sofocante y tenía sed. De repente, percibió a ‘un hombre a su costado’, que le señaló una gran roca y le dijo: ‘Yo soy José, muévela y beberás’”*. Y pese a que era una roca muy grande, la pudo correr y apareció un manantial que se mantiene hasta hoy. Se construyó un santuario, que desde 1975 se encuentra al cuidado de las Benedictinas del “Monasterio de Saint Benoît de Médéa” (Argelia), dando así nuevamente vida al Santuario de Bessillon. Es lugar de peregrinación y se hace una procesión constante en contra del aborto, invocando a San José patrono de la Iglesia universal, por los no nacidos y suplicando su intervención por la conversión de las almas y la santidad de las vocaciones.

Las indulgencias plenarias.

La Penitenciaría Apostólica, de acuerdo a la voluntad del Papa Francisco, el mismo día en que se dio a conocer la Carta Apostólica (08.12.2020) dictó un Decreto por el cual se conceden indulgencias plenarias a todos aquellos que participen en el Año de San José en las ocasiones y en el modo que se indican en dicho Decreto.

El Decreto puede ser encontrado en internet bajo el nombre: "*Penitenciaría Apostólica - Vatican.va*"

Ultima reflexión.

La figura de San José, como la describe Su Santidad Francisco, tiene la docilidad y humildad de escuchar la voz del Señor y de "hacerla". Y entre los sueños que tiene y a través de los cuales conoce la voluntad de Dios, quizá quepa resaltar el primero de ellos, cuando el Ángel le anuncia que lo engendrado en María proviene del Espíritu Santo; las primeras palabras del Ángel son las mismas que el Arcángel San Gabriel le dijo a María en la Anunciación: "*No temas*".

Quizá estén dirigidas hoy también a nosotros, y ante tanta incertidumbre, confusión, materialismo, hedonismo, ansias de poder, ..., el "*No temas*", unido a la devoción a San José en este año josefino, nos haga crecer en la virtud de la esperanza y en el silencio interior.